

Las ciudades

JUAN CHIRVECHES

Usted pasea por las calles de Inglaterra y le basta a usted mirar los edificios de cualquier ciudad, de cualquier pueblo, para saber que está usted allí. No necesita usted oír hablar a la gente ni contemplar las dulces lomas verdes del paisaje; ni siquiera necesita usted escuchar, a través de alguna ventana, las notas del God save the queen para ser plenamente consciente de que se encuentra usted en la melancólica tierra de Shakespeare.

Y ello es porque a través de las generaciones se ha decantado, transmitido y defendido un estilo propio, un modo de construir conjugado con su clima, su paisaje y su tradición que ha dotado a sus localidades de una fuerte personalidad, reconocible por cualquiera.

Esto mismo ocurría hasta no hace mucho en las regiones españolas. Mirábamos los cierros acristalados de Galicia; la recia piedra de las casas del norte; los zócalos, los portones de azulete de la Mancha; las casas encaladas, pulidas, ornando y embelleciendo el paisaje de Andalucía. Mirábamos las tejas, las rejas, los balcones, las ventanas con macetas de geranios, y sabíamos, sin más, que estábamos en casa.

Ahora ya no. Todavía queda algo, pero cada vez menos. Aún quedan municipios de alma sensible que saben defender la personalidad de sus localidades. Pero muy pocos. Casi ninguno. Es una vergüenza. Y esto es porque a través de las entrañas de muchísimos ayuntamientos no corre la sangre del paisaje ni la sangre del respeto a nuestras formas, sino el contenido contaminado que transportan las sucias cañerías del mal gusto, de la ignorancia, de la especulación, de la corrupción y de la destrucción de lo propio.

Ya no reconocemos lo nuestro. Ahora mira usted los edificios, y, por lo que contempla usted, no puede usted saber dónde está: podría usted estar en cualquier parte, incluido el infierno o una pesadilla. Una pesadilla recurrente de piedra, ladrillajo, cementón y paredón. Últimamente les ha dado por el paredón, y lo están poniendo todo perdido de paredones... Quienes autorizan las construcciones, y quienes construyen, no tienen el más mínimo respeto por el lugar, y edifican y colocan en todos lados los mismos edificios voluminosamente cúbicos, ladrillescamente hinchados, feos, ajenos, repetidos, iguales, clónicos, grises, marrones: menudo marrón nos ha caído encima...

A la ciudad del siglo XX llegaron adelantos y maravillas como el agua corriente, la electrificación, las diversiones... toda una serie de prodigios que ha contribuido a mejorar la higiene pública, a aumentar la calidad de vida de todos.

Sin embargo, lamentablemente, de forma paralela a estos milagros de la ciencia y de la técnica, también las ciudades españolas se han visto despojadas de su carácter, agredidas en sus perfiles, afeadas en su estética, despersonalizadas, como si sobre ellas hubiera caído una tormenta pétrea que las hubiera anegado de espantosos bloques de pisos uniformados, idénticos en Galicia que en Andalucía, metidos en las calles y en los



barrios como a codazos, atropellándose y tapándose unos a otros, como en una inundación de piedra. O también pareciera que algún gran enemigo las hubiera asaeteado, y hubiera clavado recias y feas y enormes y altas y purulentas astillas de piedra en la piel de la ciudad.

Es lamentable que todos los maravillosos avances a que hemos asistido no hayan ido acompañados del respeto por la estética tradicional de nuestras poblaciones: una ciudad bonita es una ciudad apacible, y trasuda felicidad y sosiego. Una ciudad fea supura nerviosismo y malestar y violencia: sus propios habitantes sienten desprecio por ella.

Y no se trata de paralizar la construcción ni de congelar la ciudad. Se trata, simplemente, de tener sentido común y buen gusto a la hora de construir. Se trata de construir suavizando, y no agrediendo. De construir a favor de la línea de la ciudad o del pueblo, y no en su contra. En un país como España, de bellísima y variada y rica y personal arquitectura popular, no tenemos necesidad alguna de imitar o importar los modelos y estilos extranjeros. Aunque no nos vendría mal importar de algunos países la filosofía que sustenta el respeto a sus ciudades, que aquí hace tiempo hemos perdido.

El urbanismo debe servir para ordenar, embellecer y tranquilizar. No nos tranquilizan las espantosas pantallas de hormigón desnudo, fuera de cacho y de sentido, y de lugar, monumentos levantados a la más gris y a complejada megalomanía de nuevo rico.

Ordenar. Embellecer. Sosegar. Facilitar. Respetar. Aligerar. Eso es el urbanismo. Y no lo contrario, como vemos a cada paso: desordenar, afeard, inquietar, entorpecer, destruir, agredir, taponar, tapar.

Urbanismo es, por ejemplo, tener la habilidad y el arte de oponer agradables

pasillos de sombra a las agresiones del sol. Tres cuartas partes de la superficie de España pasan un tercio del año, que es mucho tiempo, bajo un espantoso sol de justicia. Sin embargo, echamos de menos en nuestras calles filas de árboles resistentes, frondosos, enfrentados y podados hábilmente de manera que sus ramas se enlacen formando bóveda vegetal, un techo fresco y sombrero, fabricado de hojas, bajo el cual podamos pasar; ir y venir en los espantosos días de verano del centro, levante y sur peninsular.

Necesitamos que sobre nuestras aceras de fuego, desnudas frente a las espaldas hirvientes del sol, los concejales y los hábiles urbanistas desarrollen un bonito, artístico y singular sistema de pérgolas: toldos vegetales, refrescantes, bajo los que podamos ir con menos agobio, y defendidos, a hacer los recados, los mandados y las compras. Pérgolas sobre las aceras, sobre las plazas, que, diseñadas con gusto e inteligencia y en consonancia con el modo de cada localidad, podrían convertirse en distintivo, bello y útil, de nuestras poblaciones.

Finalmente, los soportales embellecen la ciudad. Son sugerentes, poéticos, agradables, bonitos. Sirven de refugio en las ciudades de la lluvia. Por eso abundan en el norte y, tristemente, con lo hermosos que son, escasean en el levante y en el sur. Sin embargo, también deberían abundar aquí, y no solo por lo que una ciudad gana en belleza con ellos. Sino porque si en el norte protegen de la lluvia de agua, aquí nos protegerían de la lluvia de fuego que cae desde el sol. Lluvia ardiente cuatro o cinco meses, que es casi la mitad del año. Lluvia ardiente, quizá más peligrosa y heridora que la mansa lluvia de toda la vida, la lluvia de agua.



PUERTA REAL

ESTEBAN DE LAS HERAS

Desiré en los toros

El golpe de calor reventó la tarde. Por los tendidos de la plaza se veía correr a los voluntarios de la Cruz Roja para remediar lipotimias. Alguien delante de mí se estaba fumando un porro y eso contribuyó a que, a mis ojos, El Fandi entrara en la quinta dimensión. Una locura en el coso para presenciar lo que Andrés Cárdenas denomina «uno de los espectáculos más infames y degradantes». No estoy de acuerdo. Presenciar una corrida de toros en el coso de Doctor Olóriz no es degradante, es un ejercicio de ascetismo-masochismo que no tiene parangón. Alguien, cuando se construyó la plaza, tomó las medidas de un señor bajito y enclenque, sentado en una silla, y con las dimensiones de este individuo fue levantando y numerando el graderío. Permanecer sentado en aquellos asientos más de dos horas es una actividad-pasividad de alto riesgo, ya que te expones a que el señor de arriba te eche en el hombro la ceniza del 'farias' al tiempo que te clava las rodillas en los riñones, mientras el ocupante de la localidad de al lado te mete el codo en el cuarto espacio intercostal. Pero eso no es lo peor, porque uno ya sabe lo que se va a encontrar en cuanto a espacio vital y se arriesga a sufrir el 'jet lag' taurino; lo peor es que detrás de ti se sienten Desiré y la tita de Desiré, que es lo que me tocó sufrir el pasado jueves. Y es que, cuando el torero granadino se disponía en el segundo de la tarde a la suerte suprema, la tita de Desiré daba por el móvil a la mamá de ésta una receta de cocina. No paraba de cascar. Ni desconectando el sonotone que me ayuda a paliar mi progresiva sordera pude evitar enterarme de todo el 'tomate' que corre por las pantallas acerca de los hijos de la malograda Carmen Ordóñez. Aquello era como tener al demonio en la oreja: algo enojoso, pesado, insufrible. Luego, a la tita se le metió un cortatijeras en uno de los botos y ardió Troya. La atención de los circunstantes se centró, muy a su pesar, en el bicho que se deslizaba rodilla abajo de esta señora más que en el otro bicho al que El Fandi acababa de colocar un par de banderillas al violín. Por ahí, querido Andrés Cárdenas, sí admito que aquello era un espectáculo «infame y degradante». No era una corrida de toros sino un sofocante marujeo copando el medio ambiente; un parloteo sin pausa ni puntos; una verborrea descomunal sobre bocadillos de atún, botellas de agua, recetas culinarias y alabanzas a los ojos garzos de la niña. Terminaba Cayetano su faena al sexto de la tarde y se disponía a matar, cuando, por fin, la tita de Desiré centró su atención en el ruedo para decir que el toro no estaba cuadrado y que el maestro iba a fallar con la espada. Un segundo después Cayetano propinó al burel una de sus mejores estocadas y el toro cayó redondo. Si a los presos de Guantánamo les hubieran colocado durante dos horas en asientos tan reducidos como las localidades del coso granadino mientras les obligaban a escuchar sin interrupción la voz de la tita de Desiré, seguro que ya habrían dado los norteamericanos con Bin-Laden.

Hasta creo que aquel buen hombre que ocupaba una localidad cercana a la de la tita de Desiré y que necesitó la asistencia de los voluntarios de la Cruz Roja no sufrió una lipotimia, sino que la fingió para propiciar su traslado lejos de aquella cotorra.

Sí, querido Cárdenas, a veces los toros son un espectáculo «infame y degradante», pero nunca en el coso, sino en el graderío.